

## CAPITULO IV

SE INICIAN LAS GUERRILLAS EN CHEPO Y EN LAS MONTAÑAS DE COCLÉ, EL LIBERALISMO DE LOS CHOLOS. SU COMBATIVIDAD Y ESTRATEGIA. LOS GUERRILLEROS DE VICTORIANO CIRCUNVALAN A PENONOMÉ.

Liquidada la invasión del Ejército Regenerador en el Puente de Calidonia el 26 de julio de 1900, sus jefes se dispersaron en todas direcciones: Porras primero y después Mendoza y Morales emigraron con pasaportes registrados por el Gobierno hacia Centro América; los Generales Pablo Emilio Morales, Simón Chauz, Ramírez, Toledo y Emiliano Herrera se embarcaron en el vapor Gatián Obeso rumbo a su viejo cuartel de Tumaco, en donde imperaba la revolución y la gran mayoría de los que buscaron el calor de sus hogares en el interior del Departamento tuvieron que esconderse y abandonar luego el país ante las persecuciones y represalias de los jefes conservadores que gobernaban en las provincias del Interior.

Este estado de inquietud y de zozobras se hizo más grave cuando el general Albán ordenó al coronel Pedro Sotomayor que persiguiera al indio Victoriano Lorenzo, quien en compañía de sesenta hombres de su raza, había transportado desde San Carlos el armamento traído de Nicaragua para la revolución. "Los indios, a su vez, impuestos del desastre de la revolución en el puente de Calidonia, "regresaron a su montañas contentos con los rifles, con los cuales tendrían para matar muchos venados . . . No les dió Sotomayor alcance, pero sí logró entrar hasta cierto punto de su retiro solitario y quemó algunos ranchos . . . Entonces, ellos, los de color cetrino y pelo lacio, dieron el grito de guerra, que resonó por las montañas circunvecinas y se pusieron en acecho, conteniendo la respiración al estilo del godo, agazapados . . . y cuando los

vieron avanzar, apoyando el arma en el manpuerto y pegando el ojo a las rendijas de las piedras, tendieron la mirada, dispararon y la explosión produjo un eco resonante por las lomas . . . "(1)

Anota don Jacobo Alzamora, quien estuvo íntimamente vinculado al ejército de Victoriano Lorenzo, que por denuncia de un indígena, Rosa Ríos, enemigo personal de Victoriano, tuvieron conocimiento las autoridades de Penonomé, de que en el caserío del Cacao estaban escondidos los rifles que trajo Victoriano de La Chorrera y en consecuencia enviaron una comisión a requisarlos. Victoriano no estaba en el caserío cuando llegaron las tropas del Gobierno, pero hasta Gatún fueron a informarle de los atropellos cometidos con sus familiares y amigos, por lo que desde ese momento Victoriano se decidió a regresar a sus montañas en compañía de otros excombatientes de la revolución para levantarse en armas contra el gobierno conservador.

Si en verdad a Victoriano le atraería la milicia y la vida de aventuras de los revolucionarios, aún no entendía ni le apasionaban las razones de la lucha armada que movían a las huestes liberales. En la primera campaña del Dr. Porras, la actitud de Victoriano fué la de simpatizador de los revolucionarios, suministrándoles provisiones y dándoles prácticos en los caminos y senderos de las montañas y cholos cargueros para transportar el armamento. Después la palabra melífera y convincente del Dr. Porras, sus ofrecimientos de liberación para después del triunfo de la causa liberal, arraigaron la simpatía

---

NOTA: El señor X. X. nos decía, comentando las argucias de Victoriano Lorenzo, que el Jefe de los cholos recaudaba entre la gente de su raza una cinqueña (veinticinco centésimos) para mandar un comisionado a Inglaterra a conseguir de la Reina Victoria su ayuda y protección para lograr la liberación de los indígenas, tal como su Majestad Británica ayudara a los Indios Mosquitos a conseguir y mantener su independencia en las costas de Centro América. Esta exacción la llamaban los cholos "de la cera" y tal coqueteo con los ingleses no era inventiva de Victoriano sino una componenda puesta en juego por los indios desde Nicaragua hasta Panamá allá por los años de 1700.

1) Belisario Porras. Memorias de las campañas del Istmo. Pág. 133.

de los cholos por el Dr. Porras, reconociéndolo como Jefe, a quien debían seguir y acatar.

Y ahora, que he hecho alusión al liberalismo de los cholos es el caso exponer que aunque la indiada de Coclé no tenía un concepto claro de la ideología en que se inspira el credo liberal, ellos, los humildes montañeses, como toda la gente del pueblo, como todos los hijos de la gleba que pertenecían a las clases sufridas y trabajadoras, sobre los que pesaban toda clase de gravámenes, sin privilegios sociales, se denominaron liberales y dentro de su estrecha mentalidad campesina resistieron los abusos y la explotación de los "pueblanos" que las más de las veces eran los agentes de los gobiernos conservadores.

Muchas veces he pensado que la vorágine de la Revolución en el Istmo y muy especialmente en las montañas de Coclé, tomó incremento y fuerza debido al resentimiento de los cholos que se sentían oprimidos y explotados y no al conocimiento ni en defensa de una doctrina política determinada que ellos no podían comprender.

"El hombre común, horro de infecciones retóricas, advierte el escritor Diógenes de la Rosa, no analiza apenas sus necesidades. Las siente, las vive y actúa bajo su determinación. No sabe tal vez a dónde va, pero sí que hubo de emprender la marcha y la continúa con ansia finalista. Victoriano Lorenzo no era un teorizante, un definidor del liberalismo . . . Entendía la revolución liberal como una guerra del pobre contra el rico. En cierta ocasión llevaron a su presencia a un muchacho indígena sospechoso de espionaje. —"Y tú, eres conservador? le preguntó. Luego, respondiendo por sí mismo:—"No, no puedes serlo porque no eres rico, tú eres pobre como yo".

Mientras esto sucedía en Coclé el Coronel Manuel Patiño se había levantado en guerrillas "con gentes allegadizas" en Chepo y Corozal, con las armas que habían dejado escondidas en el Bermejil los caucanos que se fueron a Tumaco.

Muy pronto nuevos contingentes liberales, encabezados por el General Manuel Antonio Noriega, burlando la vigilancia de las autoridades de Panamá, se incorporaron a las fuer-

zas que comandaba el Coronel Faustino Mina. Reconocido Noriega como jefe, ordenó el ataque sobre el Cuartel de Policía existente en la estación de Pedro Miguel. Al sorprender a este destacamento, las fuerzas comandadas por Noriega y Mina se reforzaron con su armamento y siguieron hacia el Corozal de Chepo en donde estaba el Cuartel General del Coronel Patiño.

Al organizarse el ejército revolucionario, que ya se componía de trescientas plazas, se reconoció al General Domingo Díaz como Jefe Civil y Militar del Istmo y al General Manuel Antonio Noriega como Jefe del ejército. Patiño y Mina fueron proclamados jefes de los batallones "Díaz" y "Porras", respectivamente.

Durante seis meses las tropas revolucionarias de Noriega y Patiño inquietaron la región que va de las Sabanas hasta

---

NOTA: Sobre Agustín Arango Jované, joven liberal bien conocido por su impetuosidad y decisión, pues fué de los que capitularon en Farfán se relata una anécdota que describe muy atinadamente un rasgo de las excentricidades del General Carlos Albán, Jefe de las fuerzas del Gobierno en el Istmo. Deseoso de juntarse con sus copartidarios, Agustín Arango Jované (Tranca), fué sorprendido en momentos en que se escapaba de la ciudad para irse al campamento de Noriega. Arango Jované iba pobremente equipado para salir en campaña. Llevado a la Gobernación, el General Albán le indagó de sus propósitos y al informarle éste que se alejaba de la ciudad en busca del campamento revolucionario, el General, con el mejor buen humor, le advirtió de lo mal equipado que se iba al campamento enemigo: Sin botas apropiadas para transitar por el bosque, sin manta para abrigarse del frío en las madrugadas, sin mochila para su ropa y con asombro de los que estaban en palacio, ordenó a uno de sus ayudantes que le aprovisionara de todo el equipo de campaña que usaban sus soldados y que lo dejaran salir libremente de la ciudad. Alejado Tranca, el general Albán dió a los asistentes a esta entrevista con el joven revolucionario explicación de su conducta la que había causado a todos sorpresa y contrariedad. "Este joven Arango Jované, nos va a poner muy pronto de frente con las tropas de Noriega. Con su impulsividad y decisión va a comprometer la cautela y astucia como se movilizan las fuerzas de la revolución". A los pocos días Agustín Arango Jované, comprometía al ejército revolucionario en unas escaramuzas cerca de Juan Franco —en las mismas goteras de la Ciudad— en donde fué hecho prisionero y en donde las fuerzas liberales fueron desbandadas obligándoseles a dejar la región.

Chepo y para mayor asombro se enfrentaron a las avanzadas del Gobierno en las inmediaciones de Juan Franco, en donde por su osadía e impetuosidad fueron hechos prisioneros por el General Carlos F. Sarria los Coroneles Agustín Arango Jované y Teófilo Erazo. <sup>(1)</sup>

Tal incremento de la revolución y sus actividades a pocas millas de la capital, sólo es explicable por la escasez de tropas en Panamá, cuando fuertes contingentes tuvieron que ser transportados por el General Carlos Albán para realizar las campañas de Buenaventura y Tumaco. Cumplida su misión con la pacificación de la costa sur de Colombia y robustecido el ejército conservador, no quedó otra posibilidad a Noriega y Patiño junto con los Coroneles Juan Goitía, Manuel Vásquez, Faustino Mina, Antonio Papi Aizpuru, Edmundo y Dámaso Botello, Guillermo Andreve y José del Carmen Apolayo que movilizarse hacia las montañas de Coclé, en donde se mantenía en guerrillas el indio Victoriano Lorenzo.

Mientras tales sucesos revolucionarios ocurrían en la región de Chepo, Victoriano, huyendo de la persecución de Sotomayor, se internaba en las montañas de Coclé, en donde la indiada, al grito de guerra contra los godos hizo de cada caserío un campamento y un baluarte de todo desfiladero para repeler cualquier ataque del enemigo. Así cayó entre los primeros, en un sitio denominado Larguillo, cercano a Penonomé, el coronel Gregorio Llorente y Mosquera, quien pretendió forzar los caminos de la sierra en persecución de Victoriano y su tropa.

Acompañaba a los soldados regulares del gobierno de facción en Penonomé, la Guardia Cívica compuesta de jóvenes conservadores que se enrolaron en el ejército al llamado del Coronel José María Núñez Roca, Jefe Civil y Militar de las Provincias Centrales del Departamento.

Envalentonados los cholos y reforzados por elementos extranjeros y aguerridos, bajaron de sus montañas para poner sitio a la población. Cada día estrechaban más el cerco, manteniendo a las fuerzas conservadoras en permanente sobresalto.

---

1) Manuel A. Noriega. Campaña del Istmo. Pág. 69.

Nadie se aventuraba a salir de día a las afueras del poblado y los que lo intentaban, para proveerse de verduras y ganado con qué racionar la tropa, tenían que hacerle frente a las avanzadas indígenas que permanecían a la expectativa ocultas en el monte y en lugares estratégicos. Muchas veces los pelotones de soldados en comisión, retornaban al pueblo, diezmados y con algunos de sus compañeros muertos, a horcajadas sobre sus propias cabalgaduras.

Necesitando las fuerzas del gobierno aprovisionamientos, dispuso el coronel Núñez Roca mandar al puerto de El Gago un contingente poco numeroso para proteger el convoy de carretas que transportarían al pueblo las mercancías que venían de Panamá. Avisados los guerrilleros bajaron de los cerros Santa Cruz y los Pavos que circundan la población de Penonomé a los llanos de Coclé, donde se libró el combate de Los Espinitos, logrando los guerrilleros apoderarse de parte del cargamento.

Ante situación tan amenazante y teniendo a la vista estos trágicos espectáculos diarios, seguidos del doblar de las campanas y del toque de atención de las cornetas, la población se mantuvo en una constante tensión de nervios y de angustias. Y para mayor sobresalto, en la quietud de la noche los pobladores de Penonomé oían el ja-ú-a de las patrullas indígenas que hacían ronda alrededor de la población como para inquietar a sus enemigos y obligarlos a permanecer alertas detrás de sus trincheras.

Sin embargo de tanto dolor y angustias y encarándose diariamente con la muerte, los oficiales de la "Legión" no perdían su buen humor ni acallaban sus ansias amorosas, llevando serenatas románticas, en que al rasguear de las guitarras se oía aquella canción del soldado, siempre tan expresiva como en ocasiones oportunas, pues era el último adiós del soldado serenatero que moría en el campo de batalla:

I

*"Adiós! adiós! Lucero de mis noches,  
—Dijo un soldado al pie de una ventana—  
Me voy! . . . pero no llores, alma mía,  
Que volveré mañana.*

*Ya se asoma la estrella de la aurora,  
Ya se divisa en el oriente el Alba,  
Y en mi cuartel tambores y cornetas  
Están tocando diana."*

## II

*"Horas después, cuando la negra noche  
Cubrió de luto el campo de batalla,  
A la luz del vivac pálida y triste  
Un joven espiraba.*

*Alguna cosa de ella el centinela  
Al mirarlo morir, dijo en voz baja . . .  
Alzó luego el fusil, bajó los ojos  
Y se enjugó "dos lágrimas."*

## III

*"Hoy cuentan por doquier gentes medrosas  
Que cuando asoma en el oriente el Alba,  
Y en el cuartel tambores y cornetas  
Están tocando diana . . . .*

*Se ve vagar la misteriosa sombra,  
Que se detiene al pie de una ventana  
Y murmura: no llores, alma mía  
Que volveré mañana."*

Oh grata memoria del capitán Jesús Correa, —mi amigo Correita— el más valiente y arriesgado de los Legionarios de feliz recordación!

NOTA: El Dr. Porras según el General Domingo S. de la Rosa, solicitó de Victoriano Lorenzo, Gobernador de los indios de "LA TRINIDAD", por medio de comisionados, su concurso para el transporte del armamento, que había desembarcado en San Carlos. Victoriano correspondió a esa solicitud y a la cabeza de un grupo de indígenas de su tribu, fue por dichas armas y con ellas a cuestas siguieron en pos del ejército, dejando algunas en La Chorrera. Con las restantes, se acercaron a la línea férrea, pero por causas que sería largo especificar, se volvieron a sus montañas. Así fue como empezó la actuación militar de Lorenzo, más tarde, importante factor "en la Guerra de los Mil días", y cuya trágica muerte enlutó la bandera liberal.

## CAPITULO V

LOS GENERALES NORIEGA, PATIÑO Y MINA SE PRESENTAN AL CAMPAMENTO DE VICTORIANO. ATROCIDADES DE LA GUERRA. COMBATE EN LOS PICACHOS Y EN SANTA FÉ. EL SITIO DE PENONOMÉ. COMBATE EN EL PUERTO DE EL GAGO. PORRAS SE INCORPORA A LAS GUERRILLAS DE VICTORIANO LORENZO.

Arreciados los ataques de los guerrilleros la llegada de Patiño y Noriega al campamento de la Negrita, causó gran desasosiego en las filas de los soldados del Gobierno, pues la actividad combativa de Patiño y la experiencia de Noriega estarían esta vez respaldadas por los millares de combatientes indios y por la astucia y denuedo del cholo Victoriano, quien conocía como nadie los riscos de sus montañas y las veredas más ocultas y estratégicas para sorprender o evadir al enemigo. Sin embargo, los recién llegados no pudieron entenderse con Victoriano, quien aunque había reconocido la jerarquía del General Noriega, obraba a su antojo, sin dejarse supeditar por los jefes revolucionarios que acababan de arribar a sus dominios en las montañas de Coclé.

Donaldo Velasco, comentando las atrocidades cometidas por los guerrilleros de Lorenzo, declara: "que la humanidad ganó un tanto con la influencia pequeña de Noriega y Patiño" y en respaldo de tal aseveración, denunció como atroces la persecución de Monseñor Aguilera en Antón, el asesinato del Padre Russo, el linchamiento de Leandra del Rosario, el crimen perpetrado en la persona de José Trinidad Lombardo, el asesinato de Ramón Herrando y muchos otros hechos de sangre, reveladores de una refinada crueldad. <sup>(1)</sup>

---

1) Donaldo Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 73.



Es del caso apuntar que Victoriano Lorenzo protestó de tales cargos ante el Consejo de Guerra que le juzgaba y negó rotundamente de su participación personal en estos crímenes cometidos por elementos de su ejército. Lo cierto es que Victoriano era odiado por todos los que en aquellos días recibieron perjuicios o vejámenes de los individuos que constituyeron esas montoneras insurrectas o irreprimibles y cuando hubo que tomarse represalias, ninguna víctima fué más propicia que el Cholo Victoriano, que era la representación genuina de la gente de su raza.

Estando en Churuquita Grande las fuerzas revolucionarias hubo necesidad de despachar una expedición a Pocrí de Aguadulce al mando del coronel Patiño y del mismo Victoriano para conseguir sal, indispensable para conservar y sazonar los alimentos. Al conocer esta movilización trató de interceptarla en Río Grande el Coronel Pedro Sotomayor, quien después de dos horas de desigual combate cayó herido mortalmente y fué luego cruelmente ultimado a machetazos por el tristemente célebre capitán Fidel Murillo.

Ante estos actos salvajes, de una guerra a muerte, sin cuartel, dispuse —dice el general Noriega— “que el Capitán Victoriano Lorenzo y todos los cholos quedaban dados de baja, para que sin los batallones de mi comando prosiguieran, si lo tenían a bien, en su condición de guerrilleros, conforme estaban antes de haberse incorporado a nuestras filas”.<sup>(1)</sup>

Tal vez los reprochables hechos ocurridos anteriormente fueron la razón principal y justificable para que un hombre de la civilidad de Noriega dispusiera separar de su ejército las montoneras de Lorenzo; pero es indudable que también influyó en su decisión la circunstancia de que entre Noriega y el temido guerrillero habían surgido graves desacuerdos y una creciente animadversión personal, tal vez por esa irreverente independencia militar en que se mantenía Victoriano, quien obraba por su propia cuenta y tomaba en menos las órdenes impartidas por la Jefatura, casi teórica, del general Noriega.

---

1) Manuel A. Noriega. Campaña del Istmo. Pág. 83.

Jacobo Alzamora explica el origen de las diferencias entre Victoriano y el general Noriega de esta manera: "el general Lorenzo estaba en completa armonía con Noriega; pero éste se escribía con el coronel Núñez Roca por intermedio de Fidel Montoya, quien cuidaba la finca de don Arturo Koopeke en Oajaca y por ser extranjero, entraba y salía de Penonomé, libremente, sin que nadie le interrumpiera en sus viajes. El general Lorenzo le llamó la atención al general Noriega diciendo: General Noriega, "yo creo que la pelea es peleando y declarada como está la guerra a muerte, si yo caigo en poder del Gobierno no se me perdona la vida. Veo con pesar que Ud. se está escribiendo con el enemigo. Es que Ud. se humilla ante nuestros contrarios o es que Ud. se está cambiando, general?" Noriega tuvo algunas frases duras para Victoriano y se separó del campamento, llevándose los presos para Tambo, lugar distante pocas millas de Churuquita Grande, quedando así éstos bajo su cuidado y protección".

Victoriano no entendía otra manera de hacer la guerra. La pelea es peleando . . . y nada de papelitos ni conversaciones con el enemigo . . . De allí partió su resentimiento y sospechas de la actitud del general Noriega, hombre civil y moderado, quien no estaba colocado en igualdad de condiciones a las de Victoriano, a quien se le hubiera fusilado sin previo juicio en el caso de hacerlo prisionero.

En tales circunstancias levantaron sus toldas de campaña en Churuquita los batallones "Porras" y "Díaz" y bordeando la cordillera, pasaron por los distritos de La Pintada, Olá, para internarse en la provincia de Veraguas en busca de un nuevo campamento en donde pudieran estar atentos al desembarco de armamentos que debían llegar del exterior por los puertos de Belén o Calobébora.

En persecución de Noriega y Patiño se movilizaron las tropas conservadoras acantonadas en Aguadulce y Santiago, dándoles alcance en la falda de Los Picachos, cercanos a Olá, en donde fué vencido el ejército revolucionario. Noriega tomó la ruta de Coclé del Norte para llegar a Costa Rica; Patiño se escapó hacia los pueblos de la Línea del Ferrocarril para continuar en su lucha de guerrillas y el grueso de la tropa, dis-

persa y sin jefes a quienes seguir, fué a levantar banderas al campamento de la Negrita, poniéndose a las órdenes de Victoriano Lorenzo. <sup>(1)</sup>

Victoriano Lorenzo quedó solo, como Jefe Unico, jefe natural e indiscutible de los cholos, los que se mantenían en guerrillas desde las riberas del Gatú en Veraguas hasta las inmediaciones de la Línea del Ferrocarril de Panamá.

En constantes marchas y contramarchas, siempre arriesgado y combativo, Victoriano atacó a Antón y volvió a amenazar al pueblo de Penonomé y luego en un caminar de días, por los caminos de la sierra, llegó hasta Santa Fé, que queda a la sombra del Tute y del Sapo, para recibir el armamento que traía de Centro América, por la costa de Calobébora, el coronel Milciades Rodríguez, precursor de la segunda expedición que debía comandar en el Istmo el General Domingo Díaz.

Las fuerzas del Gobierno, en número de trescientos sesenta hombres, correspondientes a los batallones "Colombia", "Quinto de Cali" y "Ospina" bajo la jefatura de los coroneles Ortiz y Grueso, salieron de San Francisco de la Montaña en persecución de los revolucionarios, al mando de los generales Lorenzo, Mina y Vernaza, quienes estratégicamente situados los esperaron en los callejones de Vuelta Larga, haciéndoles sufrir la derrota más severa recibida por las fuerzas del Gobierno que combatían al Cholo alzado en las montañas de Coclé.

En esta época, después del combate de Santa Fe, Victoriano Lorenzo, instado por don Santiago Sucre, encargado de la jefatura liberal en la provincia de Veraguas y previo Consejo de Guerra, procedió al fusilamiento de Fidel Murillo, capitán revolucionario, quien ultimó al coronel Pedro Sotomayor en Río Grande y se había hecho terrible y aborrecido por sus actos de persecución y crueldad personal. Esta sanción impuesta a uno de sus capitanes, responsable de actos horrendos, tenía el propósito de contener el desborde de las pasiones más primitivas y corresponde, sin lugar a dudas, al empeño manifiesto del caudillo de los cholos de regularizar la guerra y

---

1) M. A. Narlega. Campaña del Istmo. Pág. 91.

liberar a su ejército del oprobio de que se le considerara compuesto de asesinos vulgares, sin Dios ni Ley.

Envalentonado con sus éxitos, Victoriano atreció sus acometidas contra Penonomé y formalmente como lo acostumbran hacer los ejércitos regulares, envió un parlamento pidiendo la entrega de la plaza, pues de otra manera la tomaría a sangre y fuego, descargando toda la responsabilidad de lo que aconteciera sobre el jefe de las fuerzas del Gobierno. El coronel Núñez Roca en Junta de Oficiales y con la asistencia de la Guardia Cívica, decidieron resistir, pero ante órdenes impartidas del gobierno desocuparon a Penonomé, llevando consigo las familias conservadoras, residentes en ese pueblo, al puerto de El Gago en donde debían embarcarse para Panamá o Aguadulce.

"No bien habían llegado nuestras fuerzas al puerto, cuando a eso de las dos de la tarde se vieron acometidas por setecientos hombres, perfectamente dispuestos en línea de batalla, formando un semicírculo, y con una disciplina apenas sospechable en esas montoneras heterogéneas —dice el historiador Donald Velasco en su obra *La Guerra del Istmo*—. Dirigíanlos Victoriano Lorenzo, Faustino Mina y Heliodoro Vernaza, llenos de rabia y rencor por la muerte del coronel Ayala y de seis más, que formaron la escolta del Jefe de Día, los que sorprendidos por el Capitán Payán, fueron fusilados en el acto. Lamentable error de nuestras contiendas civiles que empañan los laureles de nuestros valientes más preclaros. Yo, especial admirador del valeroso Payán, lamento profundamente este hecho que lo equipara a los tenientes sanguinarios de Victoriano y los baja a su nivel . . . La rabia inspirada ante estos cadáveres casi nos cuesta la vida de los doscientos cincuenta valientes que lucharon en El Gago, de los cuales, ni uno solo se habría salvado de la ley del Talión impuesta por Victoriano si hubiese sido el vencedor . . . Nuestros veteranos al mando del coronel Manuel Núñez R., del comandante Vicente Navia, y de los capitanes Payán y Pío Quinto Cortés se sostuvieron con la energía de la desesperación, como que peleaban por sus gargantas . . . Pronto estuvo fuera de combate el coronel; luego cayó mortalmente herido el comandante Navia que con

la mayor serenidad dirigía a caballo las operaciones en medio del llano. El rechazo fué violento: las turbas se avocaron sobre nuestras trincheras y el terror iba cundiendo entre todos, principalmente entre las familias refugiadas, cuya vida dependía del temple de nuestros guerreros.

Afortunadamente, en esos momentos de consternación, reconocieron por jefe al valeroso Payán, quien convencido de la seriedad de la situación tornó a la lucha resuelto a morir en el campo como soldado y no como la víctima inerme ante el verdugo ansioso de sangre. Su resolución fué correspondida por la victoria, pues al abocarse la turba de nuevo sobre nuestras trincheras, cayó el temerario Facundo Andrión, abanderado que los guiaba con su valor y heroísmo . . . Felizmente el parque de las fuerzas liberales se había agotado y no les quedó más recurso que suspender el ataque y retirarse. <sup>(1)</sup>

Después del combate de El Gago las tropas de Victoriano Lorenzo entraron a Penonomé. Tal era el aspecto de esta población, largamente asediada por las fuerzas revolucionarias: "calles desiertas, solitarias, con las puertas de las casas cerradas, como si sus dueños las hubieran abandonado al acercarse el enemigo; portales sucios y húmedos, llenos de inmundicias y restos de animales en descomposición, como que nadie se atrevía a hacer la limpieza por miedo a las groserías y atropellos de la soldadesca vulgar y encanallecida; en las bocacalles las cirulacas, ortigas y yerbatales crecían exhuberantes por todos los contornos y cerraban todos los caminos, como que no había nadie que se aventurara por ellos; y ya al atardecer, se oían los toques de cornetas que paralizaban el tránsito y advertían el peligro de caminar por las calles, en esas noches oscuras, animadas por sombras que se detenían para contestar nerviosamente el "Alto, quién vive?" de la ronda o de los centinelas que hacían su turno de vigilancia.

Tal era el aspecto desolado y pavoroso de la población cuando entraron los cholos de Victoriano Lorenzo. Su ejército lo formaban soldados descamisados y haraposos, enfermos de malaria y enflaquecidos por las privaciones, que malamente

---

1) Donald Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 114.

marcaban el paso al son del tambor, agobiados por el peso de las escopetas de perdigones que llevaban sobre sus hombros; cansados de la tenaz y encarnizada persecución que habían hecho por los llanos de Coclé, tras las tropas del comandante Navía, las que acababan de embarcarse para Aguadulce, importantes para contener el levantamiento de los cholos.

Luego de unas horas de descanso las cornetas del ejército revolucionario llamaban a las tropas para el rancho y la indiada corría en busca de sus raciones. Su primera comida en el pueblo fué un hartazgo de carne fresca de los ganados que las tropas del gobierno tenían para su aprovisionamiento. Hubo soldado que se comió doble ración y aún quería más, pues hacía muchos meses que no probaban carne de res, escondidos allá en sus cuarteles de la montaña, sin acceso a la llanura, en donde las patrullas conservadoras los tiroteaban sin piedad.

Cuando llegó la noche, el ejército de los revolucionarios, que no cabía en los cuarteles tomados al enemigo, se hacinaba sobre los portales sin otra lumbre que la de la luna, que declinaba tras los picos del Guacamaya y sin otro abrigo que el calor de sus compañeros que roncaban a su lado bajo el sopor de una borrachera de cansancio.

A la mañana del día siguiente, Victoriano, dió la orden de formación a sus tropas y comenzó a repartir piezas de ropa, decomisadas militarmente en el comercio local. A pocas horas toda la indiada transitaba por las calles de Penonomé, vestida de drilón azul, con una larga cinta roja puesta en su sombrero de paja. Era el distintivo y la divisa de combate de los cholos de Victoriano Lorenzo.

En sus horas de vagancia uno que otro cholo avisgado requería con razones amistosas una botella de "flor de caña" o "caucho negro" que hacía tiempo no probaba para quitarse el frío de las mañanas o el miedo en los primeros disparos en un asalto a la trinchera enemiga a filo de machete. ¡Qué sabroso el "ron flor de caña" que vendían en la tienda de don Ciprián y cómo encendía la sangre ante el peligro amenazante de la muerte!!

Como la guerra se prolongaba, Victoriano Lorenzo envió en busca del Dr. Porras a San José de Costa Rica. Yo fuí con el coronel Juan Goitía, nos informa don Clemente Oberto T., oficial de la revolución, a buscar a Porras a San José, pues Victoriano estaba empeñado después de su rompimiento con Noriega en prestigiar el movimiento armado de los cholos, poniendo al frente de sus tropas a un hombre de la representación del Dr. Belisario Porras.

El Dr. Porras regresó al país a mediados de octubre en compañía del Dr. Carlos A. Mendoza y del General Manuel Quintero Villarreal por la ruta de Coclé del Norte. Al contacto con tan caracterizados visitantes que buscaban en las montañas de Coclé el último reducto para mantener la revolución en el Istmo, Victoriano, que era inteligente de suyo, lograba desbistar sus condiciones rústicas y animado por la correspondencia que le enviaba Uribe Uribe, acariciaba el pensamiento —nos lo dice don Clemente Oberto T.— de hacerse nombrar Diputado a la Cámara de Representantes de Colombia cuando se lograra el triunfo liberal y volviera la nación a los días de paz.

¡Qué de ilusiones se forjaría el rústico Capitán de los Cholos con la correspondencia, sabia, insinuante y convincente del general Rafael Uribe Uribe, el más arisco y empecinado Jefe del Partido Liberal!

Pero Victoriano no permaneció inactivo después del combate del puerto de El Gago y en los primeros días de noviembre pretendió expulsar las fuerzas del gobierno que hacían guarnición en Aguadulce, aprovechando la circunstancia de que el Gobierno de Panamá no podía mandar a esta plaza grandes refuerzos de tropa por tenerlas comprometidas en la campaña contra la invasión de don Domingo Díaz.

El puerto de Aguadulce, por su situación estratégica, fué siempre centro de atracción para los revolucionarios y de gran importancia para las fuerzas del Gobierno, razón por la cual allí se libraron las más enconadas batallas de la Guerra de los Mil Días.

Para Victoriano el dominio sobre Aguadulce tenía valio-

tos objetivos. Aguadulce era el cuartel del ejército del gobierno desde donde se despachaban expediciones contra los puestos de avanzada que los guerrilleros tenían establecidos en las estribaciones de la cordillera, bordeando los llanos que se extienden desde el río Santa María hasta el Chirú; en Aguadulce estaban las salinas donde se proveían de sal, elemento vital para el sostenimiento de su ejército.

Victoriano amenazó la plaza de Aguadulce por algunos días, estableciendo su cuartel en Pocrí y obligando así a las tropas del gobierno a vivir constreñidas dentro de los reductos de la plaza que habían preparado para la defensa de la población.

En sus recuerdos de la revolución, Jacobo Alzamora anota que después de dejar la población de Aguadulce y de paso por Penonomé, Victoriano solicitó al presbítero Baldomero Carles que celebrara, por su cuenta una misa a la Purísima Concepción de María, de la cual eran fervorosos devotos él y los cholos de su ejército.

No podemos precisar con fecha exacta cuándo llegaron Porras, Mendoza y Quintero al campamento de La Negrita, ni cuándo ingresaron al mismo los generales Papi Aizpuru y Pablo Emilio Obregón, quienes habían abandonado sus posiciones en el ejército de don Domingo Díaz que se organizaba en San Carlos; pero lo cierto es que ya establecidos allí se sintieron perplejos y desilusionados, pues alrededor de ellos sólo les hacían compañía sus ordenanzas y los escasos soldados de guarnición en ese campamento, porque los indios de acuerdo con Victoriano se habían ido a sus respectivos lugares de origen para atender al cultivo de sus sementeras. Impacientes de esta inactividad, un día llamaron a Victoriano y le indagaron cuál era la razón de tal soledad y aislamiento. "Mi gente se ha ido a trabajar sus montes, pero si Uds. desean pasar revista a las tropas bajo mi comando, inmediatamente daré instrucciones para hacer una reunión general del ejército".

A las pocas horas corrían los emisarios de Victoriano por todos los senderos de la montaña, llevando a sus tenientes la orden de concentración; y al recibirla, repercutió de día y de



noche el aviso del fututo de cacho campesino, llamando a filas a los guerrilleros; y a los pocos días centenares de cholos armados de escopetas, rifles y machetes entraban al campamento de La Negrita por todos los caminos, para luego desfilar y presentar armas al Dr. Porras, el Jefe Supremo de la revolución en el Istmo y a los distinguidos militares que les acompañaban.

Al frente de este abigarrado ejército comandado por Porras y Lorenzo, bajaron los indios a Penonomé y luego se aventuraron hasta Aguadulce para ponerle sitio, el cual quedó en suspenso cuando rendidos los expedicionarios de don Domingo Díaz en Colón, el general Carlos Albán, Jefe del Departamento, pudo disponer de fuertes contingentes para enfrentarse y atacar las tropas de Victoriano.



Campamento de La Negrita Distrito de Penonomé

## CAPITULO VI

INVASIÓN DE DOMINGO DÍAZ. ORGANIZACIÓN DE SU EJÉRCITO. VICTORIANO ABANDONA A DÍAZ PARA SEGUIR A PORRAS. AVANCE REVOLUCIONARIO SOBRE CHORRERA. LOS GENERALES PATIÑO Y BARRERA SE APODERAN DE COLÓN. EL GENERAL ALBÁN TOMA LA OFENSIVA. BATALLAS DE EMPERADOR, SAN PABLO Y BUENA VISTA. CAPITULA LA REVOLUCIÓN EN COLÓN.

El 16 de septiembre de 1901 desembarcó en San Carlos la expedición liberal que había armado en Nicaragua el general Domingo Díaz. Con él venían en el buque Momotombo los generales Jesús María Lugo, Saúl Cortissoz, Paulo Emilio Obregón; los coroneles Milciades Rodríguez, Ricardo Nicholson, Miguel Hoyos, Manuel Vásquez F., Juan Antonio Jiménez y Domingo S. de la Rosa; y los sargentos mayores Guillermo Andreve, Aizpuru y muchos otros, quienes luego serían los jefes y oficiales del ejército Revolucionario.

Don Domingo era una de las más recias personalidades liberales en el Istmo, que gozaba de grandes simpatías en la ciudad de Panamá, especialmente entre las clases populares. Esta adhesión y simpatía por el viejo liberal estaban ahora nimbadas con la aureola del sacrificio de su hijo, coronel Temístocles Díaz, muerto heroicamente en el puente de Calidonia. Así se explica por qué Noriega y Patiño lo proclamaron en Corozal de Chepo, Jefe Civil y Militar del Istmo y por qué acudieron a enlistarse en sus filas los voluntarios liberales que se escapaban de la ciudad y sus alrededores.

Sin embargo, a tan espontánea corriente de adhesión venía contrapuesto, como ya hemos expresado, otro movimiento

encabezado por el Dr. Belisario Porras, a quien se le esperaba en el campamento de Victoriano para reanudar la guerra. Como se puede observar, entre Díaz y Porras no existía otra afinidad sino el título de liberales y cada cual se denominaba Jefe Civil y Militar del Istmo, actuando con independencia y restándose mutuamente prestigio y contingentes de fuerzas en circunstancias en que sólo la unidad de mando podría asegurar algún éxito militar.

Esta situación explica por qué el general Victoriano Lorenzo y sus doscientos guerrilleros abandonaron el campamento de San Carlos, a donde habían concurrido, tan pronto conocieron la organización del ejército para ponerse bajo la jefatura de don Domingo. Más Victoriano, prefería a Porras, y acataba y proclamaba su jerarquía suprema.

“Después de su defección, —dice Domingo de la Rosa— se supo por varios conductos que Victoriano había sido engatusado en el sentido de hacérsele creer que se le había hecho desaire al nombrar al general Pablo Emilio Obregón y no a él, como Segundo Jefe de Operaciones, injusto agravio que él no debía soportar; y que, a este embrollo no eran ajenos el Inspector General del Ejército, general Antonio Papi Aizpuru y el coronel Juan E. Goitia, ambos de su séquito.”

A ponerse a las órdenes de Don Domingo Díaz concurrió a San Carlos, poco después el general Manuel Patiño, quien actuaba como “clérigo suelto” de la revolución por los pueblos de la Línea, después de la derrota sufrida en el combate de Los Picachos de Olá.

Organizados los nuevos contingentes de voluntarios la expedición compuesta de más de setecientos cincuenta hombres, fué a hacer su cuartel general a La Chorrera a donde concurrían constantemente jóvenes copartidarios de la capital. Allí llegaron a enlistarse en las filas Eduardo Navarro, Antonio Díaz G., Rodolfo Aguilera, Antonio Valdés, Arturo Muller, Augusto A. Cervera, Rafael Zúñiga G., Pedro A. Maytín, Alberto Harris, Carlos F. Robolt, Harmodio Arosemena Méndez, Chicho Boyd, quienes con ejemplar entusiasmo a sol y sombra lucharon como buenos, sin descanso.

Mientras se reorganizaba el ejército en Chorrera una expedición marchó contra Taboga en donde se hicieron algunos prisioneros y se enrolaron nuevos voluntarios liberales y en el puerto de La Chorrera la revolución se apoderó del vaporcito Darién, el cual navegó desde ese día con la bandera roja, llevando el nombre de "Domingo Díaz".

Pero éstos éxitos parciales no compensaban el daño profundo y creciente que se ponía de manifiesto en el ejército por la falta de comprensión y cordialidad entre sus jefes. "El general Cortissoz no simpatizaba con el general Lugo y como no disimulaba su antipatía, ni el disgusto que le causaba estar bajo sus órdenes, las relaciones entre ambos necesariamente marcharon mal. Cortissoz era dominante, y como tal, casi no lo consultaba. Obraba con cierta independencia reñida con la disciplina a que debía subordinar sus actos, dando ocasión con ello para que Lugo, a pesar de que era de carácter suave, haciendo uso de su fuero, lo llamara al orden".<sup>(1)</sup>

Mientras estas cosas sucedían en La Chorrera, el general Albán reforzado por nuevas tropas que le llegaron del centro de Colombia, se embarcaba rumbo a Chame, llevando los batallones Quinto de Cali, Colombia, Granaderos y Veintiuno del Cauca, con el propósito de avanzar hacia La Chorrera y batir por la retaguardia al enemigo. Sin embargo, no logró alcanzarlo, pues el grueso del ejército revolucionario se había movilizadado hacia el norte con el ánimo de ganar la línea férrea entre Panamá y Colón.

Nada extraño nos parece que un acto público como la rápida movilización del ejército conservador hacia el Interior fuera conocido a tiempo por Manuel Patiño y demás jefes y que también con admirable celeridad se lanzaran sobre Colón que estaba casi indefenso.

En efecto, las fuerzas de Patiño y Cortissoz, comandadas por el coronel Federico Barrera, tomaron el tren en la estación de Las Cascadas, rumbo a la ciudad atlántica. Según J. I. Vernaza, "la situación no podía ser más crítica para la segunda de las ciudades del Istmo. Colón fué tomado después de

---

1) Domingo A. de la Rosa. Recuerdos de la Guerra. Pág. 109.

una escasa resistencia en que el gobierno perdió catorce hombres y tuvo algunos pocos heridos; los revolucionarios intentaron apoderarse del Crucero Próspero Pinzón, surto en el puerto, pero con tan mala suerte que en este intento se ahogaron los jefes Manuel Patiño, Cortissoz y Triana lo que produjo el desastre irremediable”.

Según Donaldo Velasco “los tres jefes revolucionarios, generales Patiño y Cortissoz y el coronel Triana regresaron a Gatún, después de la toma de Colón, en busca de refuerzos. Ya habían llegado cerca de Fox River cuando oyeron con angustia el silbato de una locomotora hacia el lado de Monkey Hill. Conjeturaron que era un tren expreso con tropas del gobierno que venía hacia Colón. Para evitar un encuentro peligroso, se embarcaron en dos frágiles cayucos para pasar del otro lado de Fox River. Una de las embarcaciones se volcó y al querer los naufragos asirse de la de Patiño volcáronla también y comenzó la batahola por salvarse. Patiño era un buen nadador por lo que de él se prendieron Cortissoz y Triana, logrando con ello sucumbir los tres.”

Cayó la plaza de Colón, sin que fuera óbice para el triunfo de las armas revolucionarias, la irreparable pérdida a un tiempo mismo de los tres jefes que las comandaban, pues el arrojo del oficial subalterno al que, conforme con las ordenanzas sobre la materia, le correspondía dirigir el asalto final, sargento mayor Federico Barrera, lo finalizó con brillo. Sin embargo, Barrera cometió la imprevisión o grave desacierto de informar tardíamente al cuartel general revolucionario la toma de Colón —observa el general de la Rosa en sus Memorias— y esa fatal demora, después de cuarenta y ocho horas de capturado Colón, insignificante en apariencia, causó sin embargo, la pérdida de la campaña. <sup>(1)</sup>

Informados en Panamá de la toma de Colón se envió un expreso a Chorrera para informarle de lo ocurrido al general Albán. Enterado Albán de tan graves acontecimientos se adelantó a su ejército para regresar a Panamá y tomar las medidas para recuperar a Colón.

---

1) Domingo A. de la Rosa. Memorias de la Guerra. Pág. 118.

Tan pronto desembarcaron las tropas que venían de Chorrera, sin darles un corto reposo, después de ocho días de fatiga, les dió la orden de embarcarse en el tren para seguir a Emperador en donde había aparecido el grueso del ejército de don Domingo a las órdenes del general Lugo. El primer encuentro de las fuerzas contrarias tuvo lugar en Emperador en donde Albán personalmente, al frente de sus batallones, desalojó a los revolucionarios de los puntos de resistencia y les obligó a desocupar el campo de batalla, para luego hacerse fuerte en el puente de San Pablo. Allí, a la cabeza de los revolucionarios, bajo las órdenes del general Porfirio Sotomayor, estaban el general Ricardo Nicholson y el mayor Ayala dispuestos a cerrar el paso a las tropas del Gobierno aún a costa de sus propias vidas. Las tropas del Gobierno al mando del general Francisco de Paula Castro —pues Albán había regresado a la capital— hicieron alarde de valor temerario. El comandante Esteban Huertas, lleno de arrojo se aventuró con diez valientes por el puente, resuelto a tomarse las posiciones contrarias. "Sólo se le veía la espada levantada en la mano izquierda, pues la derecha se la había mutilado un cañón en la toma de Tumaco —dice un testigo presencial— incitando con el ejemplo a sus soldados a seguirle en el camino del peligro y de la gloria".<sup>(1)</sup>

Obligados a retirarse los liberales del puente de San Pablo con la dolorosa pérdida de sus valientes jefes Nicholson y Ayala, las tropas restantes de la revolución comandadas por el general Barrera, volvieron a ofrecer resistencia en las alturas de Buena Vista, en donde detrás de sus trincheras, hicieron mortal e imposible el avance del enemigo. Al advertir el peligro el general Albán, quien había vuelto a ponerse al frente de su ejército, ordenó atacarlos por la retaguardia, abriendo al efecto en la oscuridad de la noche una trocha para flanquear el enemigo. Tomados de sorpresa, a dos fuegos, Barrera y los suyos abandonaron el campo, dejándolo cubierto de cadáveres y heridos.

Tal masacre inmisericorde movió al comandante del crucero Iowa, anclado en la bahía de Limón, a intervenir para lo-

---

1) Donaldo Velasco. La Guerra en el Istmo. Pág. 147.

grar el cese de las hostilidades y a iniciar los arreglos para la entrega de la ciudad de Colón, ya que no le era desconocida la superioridad de las fuerzas del gobierno y la precaria situación de los revolucionarios.

Aceptada la entrevista por el coronel Domingo S. de la Rosa, quien estaba al comando de las fuerzas liberales en Colón, el general Albán se transportó a esa ciudad desde Gatún en compañía del comandante del Iowa, para trasladarse luego a la cubierta del buque de guerra Marietta en donde se discutieron y firmaron las cláusulas del pacto de la Capitulación de Colón.

La entrega de la ciudad se hizo en forma ostensible ante la concurrencia de los Comandantes de los barcos extranjeros surtos en la bahía y de las tropas americanas que patrullaban a Colón para resguardo de la ciudad.

Al día siguiente desembarcaron en Colón las tropas del Gobierno que traía de Colombia en el Próspero Pinzón el general Foliaco y las cuales no pudieron desembarcar días antes, a pesar de su capacidad de ejecutarlo por la fuerza, en consideración a la negativa del general Domingo de la Rosa a la petición de que entregara la plaza, hecha bajo la amenaza de bombardear el puerto y a las observaciones que hicieron al expresado general expedicionario los Comandantes de los buques de guerra, quienes 'le manifestaron que no permitirían un choque de armas que pusiera en peligro la vida e intereses de los no combatientes, nacionales y extranjeros, residentes en la ciudad. <sup>(1)</sup>

El Convenio de Colón amparó a todos los revolucionarios que expresaron su propósito de deponer las armas y con gran asombro vió el pueblo de Panamá congregado en la estación del ferrocarril al general Albán que conducía en su victoria a don Domingo Díaz para restituirlo al seno de su angustiada familia. <sup>(2)</sup>

---

1) Domingo S. de la Rosa. Recuerdos de la Guerra. Pág. 125.

2) Donaldo Velasco. La Guerra del Istmo. Pág. 164.